DATOS BIOGRAFICOS DE JUAN JOSE GARCIA, FELIX HAENSELER Y PABLO PROLONGO

FARMACEUTICOS MALAGUEÑOS DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

Comunicación presentada por el Dr. D. R. Casares López,
en la sesión del día 28 de octubre de 1932.

Durante el verano del año 1928, habiendo terminado los estudios del Doctorado en nuestra Facultad, me dediqué a investigar en los archivos y bibliotecas malagueñas, siguiendo los consejos de mis queridos profesores los Dres. Folch y Roldán, a fin de buscar datos y noticias de farmacéuticos que hubieran florecido en pasados siglos, y que, cayendo el tiempo sobre ellos como losa de plomo, los relegara al olvido. Los datos que pude recoger son bien escasos, pero los presento a esta Academia con el único fin de que puedan servir como granitos de arena a otros que, más venturosos que yo, pudieran hacer un trabajo más profundo. Juan José García, Félix Haenseler y Pablo Prolongo son acreedores a él. Por haberme dedicado a otras materias y ausentado de la bella ciudad meridional no pude proseguir estas investigaciones, lo que soy el primero en sentirlo.

Lo primero interesante que encontré fué un folleto titulado *Dissertación hydraulico-pharmaceutica sobre el origen de las aguas de Hurdales, su verdadero analysis chimico, y medicinales virtudes que da al público...* Juan José García (1); y en la portada, más abajo: "Académico Pharmaceutico de número y Fundador de la Academia de Ciencias Naturales y Buenas Letras de la Ciudad de Málaga". El pie indica la imprenta en que se editó y la fecha: 1759 (2). Folleto interesante, pues si vemos su contenido nos encontramos con un genuino farmacéutico que analizó es-

(1) Citado como farmacéutico analista de aguas por el Dr. Folch en su libro "Elementos de Historia de la Farmacia".

(2) Se halla en la biblioteca de D. Narciso Díaz de Escovar, en Málaga.

tas aguas y en cuya disertación sólo busca poner en claro una patraña que había circulado acerca de ellas.

Veámoslo: En la página 15 de su impreso nos dice: "... y ésta es la fundamental razón que ha tenido mi apreciable Academia para solicitar mi fiel examen. I siendo preciso para practicarlo acercarse al conocimiento del Mineral, su situación, etc., hubo por conveniente conferirme sus órdenes; y en su cumplimiento, proveyéndome de instrumentos, varios vasos de líquidos y otras materias sólidas, materiales indispensables para anathomizar los lymphaticos cuerpos, salí de esta Ciudad a mi descubrimiento el día doce de Septiembre de este año (1758)." Esta razón era desmentir a un médico, D. Antonio Granados, que en un folleto publicado en Granada, y titulado *Baños de Ardales. La verdad desnuda en que se demuestra que dichos baños tienen mercurio* (1), en cuya página 26 dice: "Quatro libras medicinales de agua de los baños se echó en un vaso; éste era de vidrio; se puso en baño de arena seca a fuego moderado, y tan lento, que duró el consumir la humedad cinco días y se encontró en el fondo del vaso una costra o película sulfúrea, como de azufre, algo negricante, con olor semejante al del agua de que se había formado. Se echó como media onza de espíritu de nitro agrio, y a breve rato se logró la disolución de la mayor parte de dicho residuo; se le mezcló la competente cantidad de agua salada, y se hizo patente el mercurio, en precipitado blanco, con la advertencia que pasado éste sobre un ochavo, que es cobre, lo dejó azogado."

He transcrito toda esta operación y su conclusión peregrina, a fin de que nos demos cuenta, en comparación de la descripción de estas manipulaciones por nuestro ilustre compañero, de su mayor altura científica y de su espíritu de observación.

Para ello entresaco de sus páginas aquello que me pareció de más interés. Dice en la página 23: "Por diferentes modos se puede intentar este analysis. Los primeros, que a la vista de las aguas deben averiguar, son los sentidos. Practiqué este género de examen, registrando con toda prolijidad sus cristalinos espacios, los que encontré diáfanos, transparentes y libres de moléculas supernadantes (*sic*). Su olor es ingrato, fétido, semejante en todo a un azufre disuelto; pero tan espirituoso, que aun desde larga distancia se percibe. Probando las aguas, se advierte al sensorio un gusto dulce, declinante a cenagogo; y pasado breve rato, se reconoce un leve calor. Tocando las aguas, se experimenta

(1) Biblioteca del Sr. Diaz de Escovar, en Málaga.

una frialdad excesiva. Para considerar ésta por grados, según reglas, me valí de la celebrada invención del termómetro. Lo introduje en ellas, y observé el proceso descendente del espíritu hasta señalarme seis grados de frialdad.”

Página 25: “Para examinar mejor la naturaleza de estas aguas, metí en ellas un Escudo de plata, y observé que fué mudando poco a poco su color argéntico en sucio oscuro.”

“Para averiguar la ligereza o gravedad específica de dichas aguas, me suministró la hydraulica, en sus maquinarios inventos, el caniculo, o vaso cylindrico statico (1). Lo puse en las aguas y observé subieron hasta diez signos o grados.”

Página 27: “Puse a evaporarse, en vasija de barro vidriado, hasta cuarenta libras medicinales de agua a fuego lento, y resultó un remanente de tres escrúpulos y medio de un concreto argiláceo saliforme, de gusto salino térreo, con alguna agudeza, pero despojado enteramente de sabor, olor y color de azufre. Acreditando este fenómeno que la sustancia sulfúrea que posee nuestro Mineral es de naturaleza volátil, y como tal, a presencia de las ígneas moléculas agitada, ha desaparecido, sin dejarnos rastro ni vestigios de su hospedaje.”

Obsérvese que sus resultados son completamente distintos a los del Sar. Granados.

Página 28: “Tomé el residuo, que por despojo quedó en el asiento del vaso evaporatorio, e infundiéndole el espíritu accido de Vitriolo, resultó una fuerte efervescencia.” “Ejecutada la misma operación con el espíritu accido de Nitro, ostentó lo mismo; con lo que se justifica, sin la menor duda, su estirpe alkálica.”

“El espíritu salino tan corto, que resultó de la vulgar evaporación, y observar la hediondez de las aguas, y que ésta había desaparecido en el progreso de la expresada evaporación, me dieron suficiente motivo a pensar cuál sería la causa de esta oculta obra de la naturaleza.” Y más adelante: “La causa justa a que debemos acudir, fundados en autoridad, y en experiencia, para esta averiguación, es la intromisión de un accido, que anda volitando en la atmósfera (2), capaz de precipitar el principio sulfúreo, reduciéndolo a un perfecto magisterio; esto lo acredita la operación precedente; pero quien lo autoriza es el célebrado Hoffmann; óiganse sus palabras: ACCIDUM ITAQUE TALE,

(1) Debe ser un areómetro primitivo.

(2) Anhídrido carbónico.

QUOD PRINCIPIUM SULFURIS CONSTITUTIVUM SIL, IN AERE HOSPITARI."

No olvidemos que Juan José García lo que hacía era una disertación académica; por lo tanto, no nos debe extrañar el siguiente párrafo, en el que se refiere a experiencias que en aquel mismo momento hacía a la vista del auditorio. Había llegado a la conclusión de que el ácido carbónico descomponía el principio sulfuroso de las aguas, y en lo que sigue trata de demostrarlo. Veámoslo:

Página 34: "... en el principio de los derrames de estos Baños se encontraban tierras, piedras, leños y yerbas cargadas de un bitumen sulfúreo, las que para mayor autoridad y evidencia del hecho me traje y presento en esta pública assamblea, y siendo entre estos materiales los más a propósito para mi experimento, por ser más combustibles, con ellos como se ve encendidos, se obstenta la inflamabilidad de nuestro Mineral, despidiendo de sí, como se advierte, un olor fuerte e ingrato, signo real y evidente que acredita el verdadero azufre." Por coincidencia resultó, en el transcurso del tiempo, que Prolongo, del que luego hablaremos aquí, descubrió en aquellos leños y piedras a la Sulfuraria Carra-traquense, que era la que fija el azufre. Y últimamente transcribiré las conclusiones de su disertación, por creer que en ellas se halla condensado todo el espíritu científico de Juan José García.

Página 41: "Estas breves reflexiones y constantes experimentos demuestran con evidencia, en mi juicio, el entusiasmo, e intolerable error, con que se procede cuando se le atribuyen a las aguas la posesión de extraños principios, que no tienen, ni pueden tener, prenda conexida en las medicinales virtudes de ellas; por lo que, sentados los notables precedentes, concluyo: Que siendo nuestras Aguas de Hardalès potables y careciendo de sales accidas y vitriólicas, que son las que forman en toda su rigidez, menstuo competente para disolver el Mercurio, se sigue que no lo tienen, ni, según sus principios, se encuentran en ellas méritos para poseer tal sustancia."

Este farmacéutico malagueño, que en el año 1758 conocía el uso del termómetro, del aerómetro y los libros de Hoffmann, está perdido en el tiempo; sólo conocemos de él este folleto. Busqué en el Archivo Municipal de esa ciudad antecedentes suyos, pero con resultado negativo. En los libros de actas y de provisiones, desaparecidos durante la invasión napoleónica, acaso se encontraran estos preciosos datos: su título profesional, domicilio, etc.

Pero, si vemos en la portada, dice el folleto que Juan José García

era Académico de número y Fundador de la Academia de Ciencias Naturales y Buenas Letras. De esta Academia sí se encuentran algunos datos, y son otros folletos en que están publicadas disertaciones dadas en ella; sus títulos nos son expresivos; tales: *Juicio práctico sobre las virtudes medicinales del agua*, *Dissertación sobre el Kermes y su uso en muchas enfermedades*, *Sobre la sangría*, *Sobre el clima de Málaga*, *Discurso filosófico sobre la gran maravilla del Mundo*.

El más antiguo (1) va fechado en 1757, aunque podemos suponer que antes ya funcionó. El fundador y alma de ella era médico y se llamó Manuel Fernández Barea, hombre batallador y con gran savia científica. De él se conservan una porción de libros, y en alguno se queja de que no le hayan dado licencia para la impresión de otros, acaso de espíritu revolucionario para aquella época. Tenía ideas especiales sobre la teoría humoral —sobre la que versaban sus libros—, y por su terapéutica se le llamaba “el médico del agua”. No he visto citada nunca esta Academia entre las Corporaciones científicas que florecieron en aquel siglo, y, aunque malograda, fué una de aquéllas en que dieron brillo a la profesión ilustres farmacéuticos.

* * *

Voy ahora a indicar los datos que he recogido de otro farmacéutico, bávaro de origen, pero naturalizado en España, y que no es justo tampoco que se le tenga olvidado. Me refiero a Félix Haenseler.

Su vida en el comienzo es muy azarosa, pues de los datos que encontré resulta que, fugado de la casa de sus padres, en Baviera, vino como soldado en el regimiento de Suizos que, al mando del ilustre general Teodoro Reding, se encontraba en Málaga cuando sobrevino la invasión francesa. Reding, con sus tropas, tomó parte en diversos encuentros con los invasores, y se cubrió de gloria en la memorable batalla de Bailén; es de suponer que Haenseler participara también.

Disgustado del servicio militar, y licenciadas las tropas de Reding, se quedó a vivir en Málaga, como otros muchos, siendo éste el origen del apellido extranjero de muchas familias malagueñas. Haenseler se colocó como criado en una farmacia, no sabemos cuál, en donde se encontraba cuando en 1810 vino a Málaga el ilustre botánico Simón Rojas Clemente, con el fin de clasificar las numerosas variedades de vid

(1) Todos estos folletos se hallan también en la biblioteca de Díaz de Escovar.

que en aquel entonces se daban. Este le tomó a su servicio, y de este encuentro vino su vocación y la estabilización de su incierto destino.

Rojas Clemente, en aquel humilde mozo puso todo su cariño, y orientándole en sus estudios y ayudándole en las clasificaciones, además que con sus sabias enseñanzas, logró hacerle un aventajado discípulo y colaborador. En el hermoso jardín de San Felipe, propiedad ahora del Instituto, lleno de árboles y plantas exóticas de rara y extraña belleza, que tan admirablemente se dan bajo aquel hermoso sol, dió sus primeros pasos en la Botánica, que luego se completó en las repetidas excursiones por la provincia.

Málaga, aquella ciudad de limpia tradición nazarita, la que había tenido como hijo aquel genio formidable que se llamó Eld-Beithar, y alegarada desde entonces parecía que las ciencias naturales no florecerían en su suelo, tiene ya un hijo adoptivo, y éste es Haenseler, que el 8 de noviembre de 1820 se naturalizó, viviendo desde entonces en la ciudad.

Tuvo botica propia, mas no consta en ningún sitio en dónde hizo los estudios correspondientes de Farmacia. Prueba evidente de que sus estudios no se reducían a la parte de naturales es su folleto titulado *Ensayo para un análisis de las aguas de Carratraca*, editado en 1817. Como coincidencia manifestaré que estas aguas son las mismas que con el nombre de Ardales, pueblo próximo, analizó Juan José García.

En cuanto a su celo naturalista, basta la transcripción siguiente del libro de Martínez Montes, *Topografía de la Ciudad de Málaga* (1), en cuya página 64 se dice: "El estudio de los vegetales que espontáneamente crecen en este suelo privilegiado, puede decirse que data, de una manera metódica y científica, desde principios de este siglo, en que don Félix Haenseler comenzó a dedicarse a él."

Sostuvo correspondencia científica con Mesten Agard, Shusbe y otros, y llegó a coleccionar un herbario interesante, que a su muerte heredó Prolongo.

* * *

Finalmente expondré algunos datos relativos a Pablo Prolongo; ellos son debidos al archivo del Sr. Díaz de Escovar y a las referencias que en aquella época me dió el venerable farmacéutico de Málaga D. Félix Pérez Souvirón, recientemente fallecido, y que, discípulo de él, conservaba como una tradición.

(1) Biblioteca del Sr. Díaz de Escovar, en Málaga.

Prolongo nació en Málaga el 28 de mayo de 1806. Perteneciendo a una familia, aunque modesta, de mediana posición, comenzó sus estudios en el Seminario Conciliar, no sabiéndose por qué causa los abandonó, ingresando a los 17 años como aprendiz en la farmacia que tenía entonces Félix Haenseler.

En 1825, es decir, cuando tenía 19 años, marchó a Madrid a fin de hacer los estudios correspondientes de Farmacia. Sólo se sabe que tuvo como profesores a La Gasca y D. Demetrio Rodríguez. A la vez cursó dos años en la Escuela de Minas, adquiriendo entonces conocimientos químicos. Se hizo bachiller en Artes en 14 de junio de 1828; en Farmacia, en 13 de julio de 1830, y licenciado en esta ciencia, el 10 de agosto del mismo año. Por estas fechas se comprende que debió ser alumno en los primeros cursos que se dieron en el viejo edificio de nuestra Facultad.

Se estableció en Málaga, en la calle de Salinas, esquina a la de San Bernardo el viejo, sitio hoy desaparecido con los ensanches, y en aquella farmacia, de aspecto modesto, se estableció un culto a la Ciencia, cuyos frutos iban a recoger, lo mismo el pobre marinero, que le pedía una fórmula para la preparación de la pez para el calafateo de un barquichuelo, que la Corporación médica, que le pidió la preparación del cloroformo, líquido maravilloso que, preparado por él, sirvió para su aplicación por primera vez en Málaga.

En 1837 llegó a esta ciudad el ilustre botánico suizo Edmundo Boissier, en busca de materiales que le sirvieron para la obra *Flora Bética*, libro que luego pasó a ser clásico para todos los que se han dedicado al estudio de las plantas que se dan en la región. Boissier encontró en Prolongo al colaborador entusiasta que le acompañó en sus excursiones, haciendo un trabajo tan útil e interesante, que no tuvo menos que dedicarle algunas de las especies nuevas que encontraron; tales son el "Diplotaxis Prolongi" y el "Thapsia Prolongi", y el género Prolongoa de las Compuestas. Idéntica y valiosa ayuda prestó asimismo a los ilustres naturalistas Kelaerd y Wilkoun, que en 1845 vinieron a nuestra patria.

En este mismo año, como miembro de la Junta de Sanidad, realizó una labor meritisima durante una epidemia que asoló a Málaga, y en los saneamientos de barrios y aislamiento de los atacados desarrolló su espíritu higienista. Posteriormente, en 1853, invadió a las plantaciones de vid el "oidium", y Prolongo publicó una Memoria sobre sus causas y

manera de combatir sus desoladores efectos, por lo que fué nombrado Socio de Mérito de la Económica de Amigos del País.

En 1862, a pesar de que contaba ya 56 años, se hizo Doctor en Ciencias. Con este solo dato se demuestra su celo infatigable y su afán de cultura; pero, a partir de esta fecha, una parálisis le afectó, impidiéndole ya el ejercicio cuotidiano hasta el fin de sus días. Sin embargo, alentando siempre todos los movimientos científicos, fué el inspirador de la Sociedad Malagueña de Ciencias, la que, en unión de D. Domingo Orueta, dirigió hasta su muerte. Como detalle interesante consignaré que esta Sociedad ocupaba los mismos locales que el Colegio de Farmacéuticos de la Provincia, usufructo que daba idea de lo común y fraternal que era para ambas la ciencia que cultivaban. Pasaron los años y el Colegio fué desplazado violentamente del local que tanto tiempo ocupó, y al que tenía legítimo derecho. Desearíamos que la figura de este farmacéutico ilustre y fundador de la Sociedad de Ciencias sirviera para unir nuevamente a estas Corporaciones, como en otro tiempo, en el amor a la Ciencia.

Fué nombrado Académico de la Real Academia de Ciencias de Madrid, y el Real Colegio de Farmacéuticos y el Museo de Historia Natural le hicieron corresponsal, respectivamente.

Su biógrafo, el Sr. Casado, indica que hizo las siguientes obras, algunas inéditas y a veces ya perdidas: *Memoria sobre la Sulfuraria Carratraguense, Irregularidades de los frutos de las Auranciaceas* (ésta fué motivo de una honrosa distinción por la Sociedad Botánica de Brandeburgo, en 16 de marzo de 1870), *Mapa Botánico de la Provincia de Málaga* (se supone perdido), *Sinonimia de la Flora Española, Cholores Malacitana, o sea breve exposición de la verdura de esta provincia, Sobre los insectos que atacan cada planta en diversas épocas del año* (sólo fué un proyecto), *Excursión botánica y geológica* (es un viaje por la Sierra de Mijas) y *Estudio sobre vinos*. Sostuvo correspondencia científica con Renter, Kunk, Weh, Rojas Clemente y Boissier.

Para terminar indicaré un suceso ocurrido al final de su vida, y que debió llenarle de amargura. En su farmacia, situada entonces ya en la esquina entre la calle de Martínez y la Puerta del Mar, la misma que aún conserva, como recuerdo, su nombre, seguía, como siempre, su culto a la profesión. Casi imposibilitado de andar, debido a su penosa enfermedad, distraía la mayor parte de su vida en la ordenación y vigilancia de su oficina. Habiendo visto que el frasco en donde se tenía el aceite de crotón, debido a las gotas que, casi sin poderlo remediar, corren por

su superficie exterior, tenía el rótulo casi ilegible, ordenó a un dependiente que inmediatamente le sustituyera, a fin de evitar toda confusión posible. En efecto, el dependiente cuidadosamente quitó el rótulo y limpió el exterior; más, encontrándose en este afán, fué llamado a comer. Era en aquella época en que el dependiente era un miembro más de la familia del farmacéutico y convivía con él, siendo partícipe de sus penas y alegrías. Y sucedió la fatalidad. El frasco fué dejado sin rótulo cerca de una receta que pedía un inocente purgante de aceite de ricino, y el mancebo de turno, al serle pedida, creyéndola ya servida en aquel frasco próximo, la entregó. La víctima fué una inocente monja, y fácilmente se comprende la amargura de aquel hombre que, por un exceso de celo, cayó en las mallas de la ley.

Sólo me queda ya consignar una fecha, y ésta es la de su muerte, acaecida el día 13 de junio de 1885.